

Discurso Eduardo Mendoza. Premio Princesa de Asturias de las Letras 2025.

Este premio **ha** sido para **mí** una sorpresa, un **honor**, una alegría y también un incentivo, porque yo, si no me miro al espejo, todavía me considero una **joven** promesa de la narrativa española. Lo último que se pierde no es la esperanza, sino la vanidad.

Pero **sé** que no me han premiado a **mí**, que no merezco gran cosa, sino a mi obra, y una obra es la suma de muchos factores.

Tuve la suerte de nacer y criarme rodeado de libros y de personas que me leyeron en voz alta, pusieron a mi disposición una amplia biblioteca, me estimularon y me orientaron.

En el colegio **recibí** una educación estricta, tediosa y opresiva. Tenazmente me inculcaron las virtudes del trabajo, el **ahorro** y el decoro, gracias a lo cual salí vago, malgastador y un poco golfo, tres cosas malas en **sí**, pero buenas para escribir novelas.

Crecí en **Barcelona**, una ciudad de tamaño medio, cálida y soleada, **tranquila**, laboriosa y conservadora, cuna de santos infantiles y abuelos entrañables. **También** una ciudad portuaria, viciosa y canalla. **Yendo** de la una a la otra y buceando en bibliotecas y **hemerotecas** descubrí que Barcelona tenía además un interesante pasado turbulento y criminal, del que me apropié para escribir mis novelas. Las ciudades, como las novelas, son de todos y no son de nadie.

El resto lo debo a los amigos, los maestros, las personas que me quieren, algunas aquí presentes: **mi** mujer, mis hijos, **mi** familia, mis editores, mis agentes, tantos y tantas que para nombrarlos no necesitaría tres o cuatro minutos, sino tres o cuatro horas.

Lo demás es mérito **mío**. Ya está bien de modestia. Alguien me **ha** llamado proveedor de felicidad. Es el mejor **elogio** que he recibido en mi vida y me gustaría que fuera cierto, aunque sea en dosis **homeopáticas**. Pero si alguna felicidad he dado a mis lectores, ellos me la han devuelto con creces con su lealtad, su complicidad y su cariño.

No soy optimista ni pesimista, porque no sirvo para prever el futuro, pero no me gusta el mundo tal como lo veo, **quizá** porque he tenido la suerte de vivir una larga etapa excepcional de relativa paz, estabilidad y bienestar. **A** mi edad, preferiría disfrutar de lo que **hay** y no andar **quejándome** de lo que falta, pero me temo que no podrá ser.

Por lo demás, los años me han **hecho** valorar sobre todas las cosas el respeto. Y si algo me han enseñado es que todo es **relativo**. O quizá no.

Se me acaba el tiempo. Hace ahora un año justo, en este mismo lugar, mi amigo **Juan Manuel Serrat** acabó su intervención con una hermosa canción. Como ustedes seguramente preferirán que yo no haga lo mismo, sólo me queda expresar una vez más, sinceramente **conmovido**, mi gratitud.